

# LA TRAVESIA DEL ATLÁNTICO EN UN VELERO.

*“El tiempo que pasas navegando, no se descuenta del resto de tu vida...es tiempo extra”*

Decidí cruzar el Atlántico hace dos años. Había navegado de pequeño, hace 30 años, en un “Optimist, pero no me enganchó lo suficiente como para continuar.

Sin embargo, hace unos 2 años, retomé la vela haciendo un curso de Láser y participando en alguna regata en el CNVM con más empeño que resultados. En ese momento, la vela sí me cautivó y me di cuenta que debía recuperar el tiempo perdido. La decisión de cruzar el Atlántico, evidentemente tiene algo que ver con esta afición –algo tardía- al deporte de la vela, pero también está relacionada con una necesidad vital de realizar una aventura, marcarse un reto, cumplir un sueño que, en mi caso –un novato absoluto- tenía una dificultad añadida: no me había subido nunca a un velero, y mucho menos, navegado o vivido en él.



*Cristian Galimany Gómez.*

Tomada la decisión, lo más complicado fue convencer a mi mujer. No lo veía nada claro. Yo me había documentado mucho, había hablado con otros navegantes que ya habían cruzado el Atlántico y todos me animaban, no sin antes recordarme la dureza de la experiencia: posibilidad de encontrarse con algún temporal, las temidas “calmas”, y sobre todo, los posibles problemas de convivencia con el resto de la tripulación. Finalmente, conseguí el beneplácito de mi mujer y empecé los preparativos.

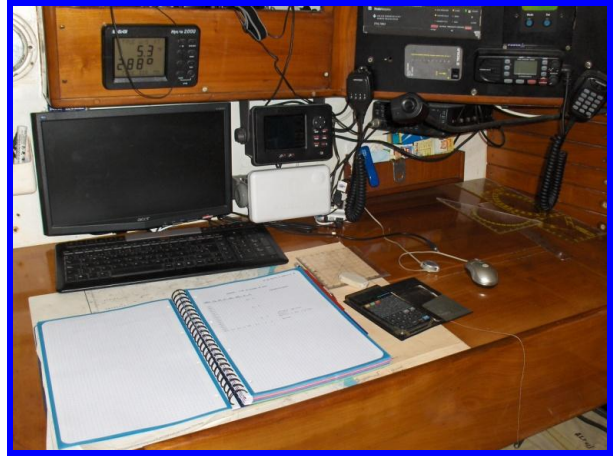
Lo primero, buscar barco y patrón. No hay muchas empresas o patrones que de forma organizada ofrezcan este tipo de viajes. Pero localicé una, Delta Yacht Cruisers, que ofrecía plazas para cruzar el Atlántico en Noviembre.



*Un entreno de láser con mis compañeros de flota*

Me puse en contacto con el patrón, y tras varias conversaciones, llamadas y mails, conseguí una plaza en su velero, el Tam-Tam. Se trata de un velero de 48 pies (unos 15 metros), construido en aluminio y preparado para este tipo de travesías. El patrón, Antonio, un experto navegante, con más de 15 años de travesías atlánticas, me inspiraba mucha confianza. No dejaba de repetirme antes de embarcar, y para tranquilizarme a mí y a mi familia, que el peligro en el mar se percibe mucho mayor desde tierra que desde el mar...en cualquier caso, no puedo ocultar que yo tenía bastante miedo.

Con el viaje más o menos organizado, sólo faltaba comprar el equipo: un traje de aguas completo, unas botas de agua, un arnés y una línea de vida, algo de ropa de abrigo, y el resto, lo normal para la vida en un barco: ropa cómoda y ligera, calzado adecuado, crema solar, gafas de sol, arsenal de medicamentos...y rumbo a Las Palmas (en avión) el viernes 26 de Noviembre.



*Equipaje y medicinas a punto...por fortuna, casi ninguna fue necesaria. La mesa de cartas, con toda la electrónica (AIS, VHF, PC...).*

Al llegar al Náutico de Las Palmas, lugar donde se encontraba el Tam-Tam, pude conocer en persona al patrón Antonio (43, Pamplona), y al resto de la tripulación: Javier (40, Madrid), Emilio (43, Madrid), Ignacio (65, Bilbao) y Teresa (53, Donosti). Todos ellos eran Capitanes de Yate, uno incluso, con barco propio. Sin embargo, para realizar una travesía de este tipo, no es necesaria una gran experiencia náutica, sino muchas ganas, ilusión, espíritu de equipo y paciencia, mucha paciencia.



La salida estaba prevista para el Domingo 28 de Noviembre, pero una borrasca muy potente, con vientos del SW, nos impidió salir hasta el día 1 de Diciembre. Esos días nos vinieron de maravilla para conocernos mucho mejor, fuera del mar y de la tensión de la navegación, y creo que ésa fue la clave de que la convivencia fuera todo

un éxito. Finalmente, el 30 de Noviembre aprovisionamos el barco (comida -5 carros del supermercado-, bebida y combustible) para tenerlo a punto para el día 1, día de la salida. La ruta que lleva hasta Martinica desde Canarias, es casi una línea recta, aprovechando los Aliseos, vientos portantes del Este. Pero una segunda borrasca, aún más potente que la que nos retuvo en Canarias, nos obligó a modificar la ruta prevista, y nada más salir de Las Palmas, nos dirigimos directamente a Cabo Verde, rumbo 180º.

Durante la salida me emocioné..., ya no había vuelta atrás...cruzando el Atlántico estás muy lejos de cualquier parte...y rezas para que no ocurra nada. Un rescate en según qué latitudes, se presenta muy, pero que muy complicado... pero debía ser positivo. El resto de la tripulación sí habían navegado por el Mediterráneo, Cantábrico... incluso por el Índico. Pero yo no... desconocía lo que era una ola de 6 ó 7 metros, lo que era dormir en un barco en permanente movimiento, las guardias nocturnas...pero como he dicho, una vez sales de puerto, ya no hay posibilidad de echarse atrás, hay que afrontar lo que venga con valentía.



Los primeros días, rumbo a Cabo Verde, tuvimos un buen viento del Norte, que impulsaba al velero hasta los 7,5 nudos... y todo iba perfecto. La convivencia, los turnos para las guardias, la organización de las comidas... El barco disponía de una cocina con horno y 3 fuegos y permitía cocinar –con las limitaciones propias del espacio- casi de todo: pasta, verdura, arroces, pescados al horno.. etc. Íbamos a buen ritmo, aunque la ruta por Cabo Verde incrementaba la distancia total en unas 400 millas, y por tanto, el tiempo total. Todos teníamos intención de llegar a casa por Navidad... y con este cambio de ruta, sería muy justo.



Una encalmada, camino de Cabo Verde.

Las horas pasan despacio, y hay que arrancar el motor para intentar mantener una media de 5,5 nudos (a 1.600 rpm) y unas 130 millas diarias. El ruido del motor acaba siendo muy molesto, y el humo del escape también...No hay nada más desesperante que tener más de 140m2 de superficie vélica enrollados en cubierta esperando mejores momentos...El tiempo lo pasas leyendo, escuchando música, conversando con los demás, cocinando...pero en el fondo tienes una angustia por ver si llegarás a tiempo por Navidad o no...



Una merecida siesta, con la lectura idónea.



La higiene diaria, fundamental.

Finalmente, después de 7 días desde nuestra salida, unas 900 millas, y cruzado el Trópico de Cáncer, llegamos a Cabo Verde. Los dos días de encalmadas habían vaciado el 50% del combustible, y de cara a afrontar la siguiente etapa (2.000 millas) era necesario repostar. Tras 4 horas en Cabo Verde, continuamos ya de noche rumbo directo a Martinica. Ya estábamos en el paralelo 15. Una cierta euforia se apoderó de todos... la próxima parada, sería nuestro destino final, Martinica, aunque aún quedaban unos 15 días de travesía.

La rutina diaria era la misma cada día. Guardias nocturnas, aseo matutino, desayuno, pesca (no cada día), preparar la comida, revisar la ruta y corregir rumbo o cambiar las velas, llamar a casa (alquilé un teléfono satélite Iridium para tranquilidad de mi mujer y poder hablar con mis hijos), filmar los delfines...



*Durante una guardia nocturna.*



*Un precioso atún de 4,5kg, con el que hicimos un Marmitako estupendo, y los delfines, que nos acompañaron durante casi toda la travesía, además de un cachalote (no llegamos a tiempo de inmortalizarlo)*

En ruta ya hacia Martinica, tuvimos 2 días y medio seguidos de mala mar...no puede decirse que fuera un temporal. Afortunadamente, no llovió, pero teníamos vientos de 30-35 nudos que entraban por popa, que unidos a una mar cruzada, hacían que el barco no parase de dar pantocazos. Olas de 5 metros nos golpeaban por babor y estribor, haciendo muy incómoda la travesía. Dormir era imposible, y cualquier tarea como ir al lavabo, moverse por el barco, cocinar...era realmente complicado.

Rompimos el Génova (una de las velas de proa) de madrugada pero decidimos esperar al día siguiente a cambiarlo ya que hacerlo de noche, era muy peligroso. A primera hora de la mañana, 4 de los 6 tripulantes procedimos al cambio del Génova, en una maniobra muy delicada, con el mar aún dando mucha guerra, pero al cabo de una hora y cuarto, teníamos un Génova nuevo... y el barco recuperaba esta vela clave.



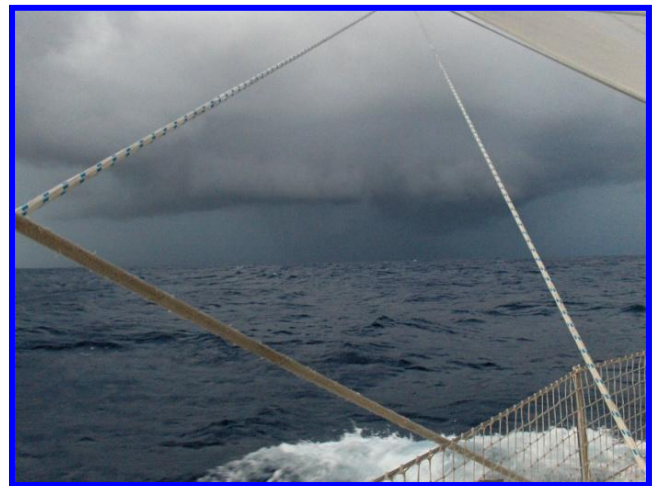


*El inicio de un mar embravecido...las olas aún no demostraban toda su fuerza. Navegando de través, con mayor y Génova y un buen viento del NE.*

Fueron mis peores días. La sensación de estar en medio de la nada (Cabo Verde estaba a 1.000 millas al este, y Martinica, a 1.000 millas al oeste), la ausencia de tráfico marítimo y la posibilidad de que ocurriera algo grave, me provocaron un estado de ansiedad. Llamé a casa desesperado, llorando, con ganas de volver... casi arrepentido de hacer esta locura... pero con la ayuda del resto de la tripulación, los ánimos de mi mujer y mis hijos, y

algo de fortaleza que aún me quedaba, superé esos dos días de tensión.

La última semana fue la mejor... los Aliseos plenamente establecidos, con vientos de 15-20 nudos, impulsaban al barco hasta los 8,5 nudos, navegando con Génova y Yankee en proa, y una estabilidad sorprendente... Hicimos cálculos: con ese viento, y las millas que quedaban por delante, llegaríamos a Martinica el martes 21 de Diciembre por la tarde. Incluso a falta de viento, con el motor llegaríamos el 22 por la mañana, tiempo suficiente para coger el avión de regreso el 22 por la tarde.



*Un día de lluvia pero por fortuna, con el mar en relativa calma.*

Siguiendo los consejos del patrón, todos llamamos a casa para que fueran reservando y comprando billetes. La Navidad estaba cerca, y no era plan –yo no tenía ningunas ganas- quedarse en Martinica ni un segundo más del estrictamente necesario.



Dicho y hecho, billete de Air France para el miércoles 22... La Navidad en casa, estaba asegurada. Todos respiramos tranquilos. Por eso fue la mejor semana...buen viento, billete comprado, sol, buen ambiente... ¿qué más se puede pedir? Alguna noche fue necesario arrancar el motor, ya que el viento flojeaba para mantener la velocidad, pero manteníamos el velamen izado, esperando que el viento subiera, como así lo hacía...

*Algo más relajado después del "temporal".*

El único “contratiempo” durante la última semana, fue una pequeña avería del motor, que podía comprometer el buen uso de la potabilizadora, pero nada serio. El patrón, con la ayuda de Emilio, consiguieron repararlo en unas 3 horas...

Y finalmente, tierra a la vista. Eran las 15.00h del martes 21 de Diciembre... y se adivinaba la costa de Martinica. La tarde era preciosa, con un viento de través y puntas de 10 nudos...

Todos nos apresuramos a llamar...la emoción era máxima. Abrazos, celebraciones y brindis...estábamos a punto de conseguirlo, ese sueño, ese reto...estaba a unas pocas horas y a escasas 20 millas de distancia... No me lo podía creer.



*Puntas de 10 nudos, todo un lujo de despedida..*

Sobre las 21.00h el barco se detuvo en la marina de Fort de France, tiramos el ancla, y se hizo el silencio...por unos segundos. Volvimos a gritar de alegría...nos apresuramos a inflar la barca auxiliar para poder ir al puerto a cenar como Dios manda...yo necesitaba carne, un chuletón para ser más exactos...y así fue. Tras unos momentos

de incertidumbre en el puerto, ya que el motor de la auxiliar se paró, y llovía con una cierta intensidad, conseguimos llegar al restaurante de la marina. Curiosamente, no tuve esa sensación de mareo que cuentan los que han estado muchos días en el mar, y que parece que todo se mueva...creo que nos podían las ganas de darnos un buen homenaje.



*Tierra a la vista...tras 21 días de navegación!!!!*

Pasamos nuestra última noche a bordo; al día siguiente, aseo, maletas... y despedidas en el puerto con Antonio, el patrón, que se quedaba 5 meses en Martinica para hacer la temporada de charter con su barco, e Ignacio, que esperaba a su mujer y pasaba ahí las Navidades. El resto, al aeropuerto y a casa.

Tuve suerte. Tenía noticias que en Europa estaba nevando con intensidad, y que París había sido una de las ciudades más afectadas... por fortuna, el vuelo de Air France salió de Martinica con puntualidad, así como el de París que debía llevarme hasta Barcelona.



*Javier y Antonio (derecha, el Patrón).*

A las 14.30h del 23 de Diciembre, me fundí en un interminable abrazo con mi mujer y mis hijos, Inés (8) y Víctor (7) que precisamente era su cumpleaños. Mi hijo me dijo que era el mejor regalo que le podía hacer... llegar sano y salvo y a tiempo para celebrar su cumple... y así lo hicimos.

A medida que van pasando los días, me doy cuenta de la importancia de esta "aventura". 3.015 millas, 21 días de navegación, calmas, mar embravecida, tertulias interesantes...puestas de sol y amaneceres preciosos, un eclipse total de luna...estrellas que se perdían en el horizonte...pero sobretodo, la satisfacción de haber superado la prueba, el haber realizado algo a lo que –al menos yo- no estaba habituado y que me era absolutamente desconocido...

Supone un sacrificio enorme: tiempo, dinero, estar alejado de la familia, vacaciones a deshora, convivir en un espacio muy reducido sin apenas intimidad, con gente que apenas conoces...es como un Gran Hermano en el agua, sin poder nominar a nadie...hay que tener paciencia, afrontar las dificultades con serenidad, y tener un sentido del compañerismo y trabajo en equipo más allá de lo que estamos acostumbrados. Por fortuna, en esta travesía todo ha ido bien, o muy bien...diría yo. No me importaría repetir aventura con el mismo equipo...de verdad.

Si alguna vez os planteáis este reto, estaré encantado de compartir esta experiencia con vosotros y animaros a que la hagáis...Vale la pena.



*Javier, Emilio y Cristian.*



*La "suite" que compartía con Javier, aunque él prefería dormir en el salón.*



*Mi amiga Teresa, con gorra "corporativa".*



*Ignacio. El año que viene cruzará el Atlántico con su barco.*